

Introducción

En los días de Mayo del 68 se desencadenó en Francia una protesta estudiantil que reflejó el papel que jugaba la juventud como motor de la transformación social y como agente de cambio. En las fotografías de las protestas callejeras y las barricadas se podía ver una constante, un actor social que hasta entonces no tenía reconocimiento ni gozaba de un estatuto político: la juventud, una juventud indignada que buscaba reconocimiento y reclamaba ser oída. En sus protestas contra la vida universitaria francesa, la condición social del estudiante y las condiciones materiales de la actividad académica encontraron expresión sus reclamos contra el sistema capitalista y la sociedad de consumo. Los estudiantes salieron a las calles a criticar la incapacidad del sistema universitario para dar salida al mundo laboral, y al mismo tiempo, inspirados por las ideologías anarquistas, trotskista y maoísta, manifestaron su oposición a la sociedad capitalista (al capitalismo avanzado), a la lógica del mercado y a las formas de vida que alimentaba la sociedad de consumo y la sociedad del bienestar, a la autoridad y todos los sistemas jerárquicos verticales que le daban vida a la sociedad en la que vivían. Fue un momento histórico en el que se reunieron una serie de acontecimientos cruciales que se leyeron como expresión de nuevos rumbos en la actividad política en el mundo: la Revolución Cubana, la guerra por la independencia de Argelia, la revolución cultural en China.

Pero mayo del 68 no fue un movimiento que no se agotó en la protesta política y en las proclamas contra el sistema educativo francés. La revuelta de los estudiantes no fue tanto una rebelión política sino, sobre todo, una revolución cultural. Los jóvenes estudiantes "impregnados de marxismo, y más aún de freudismo, de surrealismo, de situacionismo y de espíritu libertario, nutridos de publicidad y adictos a

la cultura de masas" (Ignacio Ramonet), elaboraron una pop-revolución. Esa creatividad, y el carácter festivo que la impregnó, fue lo que les generó simpatía universal. En su jerga revolucionaria, sus consignas subversivas, sus barricadas y enfrentamientos con la policía, en la exhibición de iconos de insurrección los estudiantes iniciaron un cambio en la cultura y en las instituciones que sostenían la tradición. En sus proclamas se podía sentir un mensaje libertario, de anti-autoritarismo, modernidad y espontaneidad, de rechazo a la moral heredada que se extendía a todos los campos. Esta proyección fue la que le dio su importancia y su valor. Fue un movimiento estético revolucionario que hoy se puede evaluar por las búsquedas de nuevas formas de expresión que se dieron paralelas, a la protesta contra el sistema educativo, en el arte y en la cultura. No fue sólo un movimiento de vanguardia política, fue un movimiento revolucionario, una corriente de vanguardia cultural que tocó muchos campos del conocimiento y la sensibilidad. De un lado, "fue el *pop art*, el arte conceptual, el *happening*, la instalación, los *graffiti*, el *collage*, la historieta: todas las formas del vanguardismo internacional sesentista" (Beatriz Sarlo). Y, de otro, fue un movimiento que con sus demandas, su derecho a la utopía, despejó el horizonte para que se dieran nuevos movimientos y nuevos territorios desconocidos por la política: el feminismo, la igualdad de géneros y la ecología.

La revista **Comunicación** de la Facultad de Comunicación Social-Periodismo de la Universidad Pontificia Bolivariana en este número hace un reconocimiento a la importancia de este momento y de este proceso en la vida y la cultura del siglo XX, en los rumbos del arte y los medios de comunicación en los tiempos siguientes.